

»con héroes traté ya más esforzados
 »que vosotros, y no me despreciaban.
 »No: jamás yo hombres viera, ni he de verlos,
 »como Pirotoó, Driante, Exadio,
 »Ceneo y Polifemo, comparable
 »á un Dios; ó cual Teseo, hijo de Egeo,
 »el que á los inmortales semejaba.
 »Estos fueron los hombres más valientes
 »que la tierra hasta ahora ha producido;
 »pero si muy valientes ellos eran,
 »pelearon con otros muy valientes,
 »los Centáuros del monte habitadores,
 »y horrible estrago en su escuadron hicieron.
 »Yo, que de Pilos, tan lejana tierra,
 »vine llamado por aquellos héroes,
 »á su lado asistí, y en la batalla
 »hice tambien de mi valor alarde;
 »y con aquellos monstruos, á fe mia,
 »ningun mortal de los que ahora viven
 »sobre la haz de la tierra, peleara:
 »y los héroes consejo me pedían,
 »y atentos escuchaban mi dictámen.
 »Seguidle, pues, vosotros; porque siempre
 »tomar el buen consejo es acertado.
 »Ni tú, oh Agamenon, quites la esclava
 »á Aquiles, aunque seas poderoso;
 »deja que la conserve, pues en justo
 »premio de su valor se la otorgaron
 »los hijos de los Griegos: ni tú, Aquiles,
 »rivalizar con el Atrida quieras;
 »que honor al suyo igual ningun Monarca
 »logró jamás de cuantos llevan cetro,
 »y á quien Jove ensalzar haya querido.
 »Si tú eres más valiente, y una Diosa
 »tienes por madre, el Rey más poderoso
 »es, porque impera sobre más guerreros.
 »Atrida, ahora tu furor reprime;
 »y en adelante ya no más airado
 »con Aquiles estés, yo te lo ruego;
 »que contra los estragos de la guerra
 »es el antemural de los Aquivos.»

El rey Agamenon respondió á Néstor:
 «Anciano! hablaste cual varon prudente;
 »pero Aquiles intenta sobre todos
 »los otros ser, á todos dominarlos,
 »sobre todos mandar, y en las batallas
 »ser de todos caudillo; y á ninguno
 »obedecer querrá. Mas, si los Dioses
 »eternales le hicieron tan valiente,
 »¿le permiten acaso que injuriosas

»razones diga?» Interrumpiendo Aquiles
 el discurso del rey, así le dijo:

«Vil y cobarde con razon sería
 »llamado yo, si á los caprichos tuyos
 »cediera siempre. Sumision tan baja
 »de otros exige, sobre mí no quieras
 »como jefe mandar; que desde ahora
 »dejo de estar á tu obediencia y mando.
 »Y nunca olvide la memoria tuya
 »lo que voy á decir. Por la cautiva
 »no esgrimiré la espada, ni contigo,
 »ni con otro ninguno de los Griegos;
 »pues vosotros, habiéndomela dado,
 »hoy ya me la quitais. Mas de las otras
 »riquezas que se guardan en mis naves,
 »con todo ese poder de que te jactas,
 »nada tú llevarás malgrado mio.
 »Haz la prueba si quieres, y los Griegos
 »reconozcan tambien... pronto corriera
 »tu roja sangre de mi lanza en torno.»

Despues de haber los dos así altercado
 en iracundas injuriosas voces,
 alzaronse y la junta disolvieron,
 y á sus tiendas y naves con Patroclo
 y sus escuadras retiróse Aquiles.
 El Atrida mandando que sacasen
 al mar la más velera de sus naos,
 veinte remeros escogió, y en ella
 la hecatombe que al Dios se destinaba
 mandó poner, y á la cautiva hermosa
 condujo por su mano hasta el navío:
 y el Príncipe á llevarla destinado
 Ulises fué, que se embarcó el postrero.

Apénas éstos las rizadas olas
 á surcar empezaban, el Atrida
 mandó por bando á los Aquivos todos
 en santa lustracion purificarse.
 Así lo hicieron: y á la mar echando
 las impurezas, al airado Apolo
 ofrecieron solemnes hecatombes
 de cabras y de toros en la orilla
 del indomable mar; y de las reses
 el olor, en oscuros remolinos
 envuelto de humo, penetró hasta el cielo.

Miéntas en esto el campo se ocupaba,
 Agamenon, ejecutar ansiando
 la fatal amenaza que en la junta
 ántes hiciera al valeroso Aquiles,
 en imperiosa voz así á Taltibio
 y Euríates habló, que sus heraldos

y sus ministros diligentes eran:

«A la tienda de Aquiles de Peleo
 »id, y traedme por la mano asida
 »á la hermosa Briséida. Si de grado
 »entregarla no quiere, yo á buscarla
 »con gente mucha iré, y este partido
 »más duro le ha de ser.» Estas razones
 dichas, los despidió; pero al mandato
 añadiendo terribles amenazas.

Ellos, malgrado suyo, por la orilla
 del mar se encaminaron; y venidos
 adonde los Mirmidones tenían
 sus tiendas y bajeles, asentado
 junto á su pabellon y su navío
 encontraron á Aquiles, que á su vista
 no recibió placer. Turbados ellos,
 y del Rey la persona respetando,
 inmóviles estaban, y ni hablarle
 osaban, ni decirle á qué venían;
 pero él lo conoció, y así les dijo:

«El cielo guarde vuestra vida, heraldos,
 »mensajeros de Jove y de los hombres!
 »Acercaos; que yo ni de vosotros
 »quejarme debo, ni teneis la culpa:
 »la tiene Agamenon, que por la jóven
 »Briséida os envió. Caro Patroclo,
 »saca del pabellon á la cautiva,
 »y á los dos mensajeros se la entrega
 »para que la conduzcan: y ellos mismos
 »ante los bienhadados inmortales,
 »ante los hombres á morir sujetos,
 »y ante ese Rey cruel, sean testigos
 »si algun dia yo fuere necesario
 »para librar á los demás Aqueos
 »de su ruina total. Porque á dañosos
 »consejos él, cual si demente fuera,
 »abandonarse suele, y lo pasado
 »tener no sabe en cuenta y lo futuro,
 »para que los Aquivos en las naves
 »sin peligro combatan con los Teucros.»

Así dijo: y Patroclo, al caro amigo
 obedeciendo, la cautiva hermosa
 de la tienda sacó, y á los heraldos
 se la entregó. Á las ñaves del Atrida
 ellos se encaminaron, y la jóven
 los siguió á su pesar. Despues Aquiles,
 solo y amargas lágrimas vertiendo,
 se asentó, de sus tropas apartado,
 del espumoso mar en la ribera;
 y con dolientes voces á su madre,

fija la vista en el oscuro ponto
 y extendidas las manos, invocaba:

«¡Madre! (decía) pues el sér me diste;
 »ya que mi vida larga ser no pueda,
 »honra al menos debia concederme
 »el Olímpico Júpiter tonante:
 »y ves cuán poco de mi honor se cura.
 »El orgulloso Agamenon de Atreo
 »acaba de insultarme; y la cautiva
 »que en premio del valor me fué otorgada,
 »quitándome á la fuerza y de su propia
 »autoridad, en su poder la tiene.»

La augusta madre, que en el hondo seno
 del mar estaba de su anciano padre
 sentada al lado, percibió sus voces;
 y en raudo vuelo de la mar undosa
 salió á la orilla como niebla leve.
 Y acercándose al hijo, con la mano
 le acarició y le dijo enternecida
 estas palabras: «Hijo! ¿por qué lloras?
 »¿qué cuita siente el angustiado pecho?
 »Habla; nada me ocultes, hijo mio!
 »y sepa yo de tu dolor la causa.»

Un profundo suspiro despidiendo,
 Aquiles respondió: «Bien lo conoces.
 »¿A qué fin, si de todo sabedora
 »eres, lo he de contar?—Fuimos á Teba,
 »rica ciudad en que Etion reinaba;
 »la saqueamos, el botin se trajo,
 »en justa division le repartieron
 »de los Aqueos entre sí los hijos,
 »y la hermosa Criséida separaron
 »para el de Atreo. Á rescatar la jóven
 »luégo su anciano padre, que de Apolo
 »es sacerdote, á nuestro campo vino
 »y espléndido rescate nos traía.
 »Y el áureo cetro en la siniestra mano
 »y en la derecha la ínfula de Apolo,
 »á todos los Aquivos suplicaba,
 »y señaladamente á los Atridas,
 »caudillos ambos de la hueste griega.
 »Al escucharle los demás Aquivos,
 »en fausta aclamacion dijeron todos
 »que al sacrificador se respetara,
 »y el brillante rescate se admitiese;
 »pero al Atrida Agamenon el voto
 »general no agradó, y al sacerdote
 »con imperiosa voz y adusto ceño
 »mandó que de las naos se alejase,
 »y al precepto añadió las amenazas.

»Retiróse el anciano muy sentido,
 »pidió venganza al Dios, le escuchó Apolo
 »porque le era muy caro, y á los Griegos
 »mortal lanzó saeta. Los soldados
 »en muy crecido número morian
 »uno en pos de otro, y por doquier volaban
 »las saetas del Dios en el tendido
 »campo de los Aqueos. Á nosotros
 »cuál el motivo del enojo fuese
 »del Flechador el adivino Cálcas
 »nos reveló: propuse yo el primero
 »la deidad aplacar, é ira terrible
 »se apoderó de Agamenon. Alzóse,
 »y en su furor me amenazó, y cumplida
 »ha sido su amenaza. Los Aquivos
 »á Crísa llevan en velera nao
 »la gallarda cautiva, y para Febo
 »numerosa hecatombe; y á mi tienda
 »dos heraldos vinieron del Atrida
 »y la hermosa Briséida me quitaron,
 »esclava que me dieron los Aquivos.
 »Ahora tú, si como Diosa puedes,
 »del hijo amado las injurias venga.
 »Sube al Olimpo, y del potente Jove
 »la proteccion implora, si algun dia,
 »ó con palabras, ó tambien con hechos,
 »favoreciste al soberano Jove.
 »Yo te oí muchas veces de mi padre
 »en los palacios gloriarte ufana,
 »de que tú sola entre los Dioses todos
 »al hijo de Saturno liberaste
 »de gran calamidad cuando querian
 »los otros Dioses y su misma esposa,
 »y Pálas, y Neptuno, con cadenas
 »atarle fuertes. Pero tú subiste
 »al cielo, Diosa; y á piedad movida,
 »de que le aprisionaran le libraste
 »llamado habiendo al anchuroso Olimpo
 »al terrible gigante de cien manos,
 »á quienes los Dioses llaman *Briaero*
 »y Egeon todos los hombres. Á su padre
 »en fuerzas excedia; y orgulloso
 »con aquel grande honor, á la derecha
 »de Jove se asentó, y las bienhadadas
 »deidades le temieron y no osaron
 »aprisionar al Dios. Tú le recuerda
 »ahora aquel favor y le suplica,
 »á su lado asentada y con la mano
 »asiendo sus rodillas, que á los Teucros
 »quiera favorecer y entre las naves

»y el piélago encerrar á los Aquivos
 »en pavorosa fuga, porque todos
 »del Rey la culpa expien, y conozca
 »el yerro Agamenon que cometia
 »cuando insultaba en orgullosas voces
 »al más fuerte de todos los Aqueos.»
 Tétis le respondió, bañada en lloro:
 «Hijo mio! ay de mí! ¿por qué, si en hora
 »menguada te dí el sér, criarte luégo?
 »¡Si al menos yo te viera en estas naves
 »sin lágrimas ni duelos, ya que el hado
 »breve plazo de vida y no muy larga
 »duracion te otorgó!... Pero naciste
 »para vivir en existencia breve
 »y el más infeliz sér de los humanos.
 »Ah! con hado funesto yo la vida
 »te dí en mi alcázar! Al nevado Olimpo
 »iré despues á suplicar á Jove,
 »el Dios que el rayo formidable lanza,
 »y veré si me otorga lo que pides:
 »ahora, retirado á tus bajeles,
 »cesa de combatir, y de los Griegos
 »así te venga. Ayer al Oceano,
 »allá entre los Etiopes famosos,
 »á un festin marchó Jove, y le siguieron
 »los Dioses todos: volverá al Olimpo
 »al duodécimo dia, yo al celeste
 »alcázar subiré fundado en bronce,
 »y al hijo de Saturno las rodillas
 »abrazaré; y espero que benigno
 »oiga mis ruegos.» Retiróse Tétis,
 y al héroe dejó allí, que todavía
 respiraba furor al acordarse
 de la hermosa cautiva que á la fuerza,
 y muy á pesar suyo, le robaron:
 y ya entónces la nave que llevaba
 la sagrada hecatombe llegó á Crísa.
 Así que entraron en el hondo puerto
 recogieron las velas: y en la nao
 á un lado puestas y bajando el mástil
 con los cables de proa, en la crujía
 le acomodaron. Y despues á remo
 á la vecina costa encaminada
 la nave, echaron anclas y á la orilla
 la amarraron; y alegres los Aquivos
 desembarcaron en la corva playa,
 y la ofrenda sacaron para Febo.
 Salió tambien de la velera nave
 Criséida, y hasta el ara la condujo
 Ulises; y al ponerla entre las manos



del caro padre, reverente dijo:

«Crises! el adalid de las escuadras
»griegas, Agamenon, aquí me envía
»la jóven á traer, y de la hueste
»en nombre á Febo la hecatombe sacra
»ofrecer y rogarle que benigna
»se muestre su deidad que á los Aqueos
»ha enviado la peste asoladora.»

Esto dicho, en las manos se la puso,
y él en sus brazos la estrechó gozoso:
y despues los Aquivos colocaron
en larga fila los hermosos bueyes
en torno al ara, que con arte mucho
labrada fuera. La ablucion hicieron,
y la harina con sal teniendo pronta,
Crises en alta voz, y al ancho Olimpo
levantadas las manos, suplicaba.

«Escúchame (decía) pues armado
»con el arco de plata, ha defendido
»siempre tu brazo á la region de Crisa
»y á la ciudad de Cila populosa,
»y de Tenedos númen poderoso
»eres! Ya que mis votos escuchaste,
»y estrago mucho por vengar mi ofensa
»hiciste en los Aqueos, este día
»otórgame tambien lo que te pido.
»*De los Dánaos aleja ya la peste.*»
Así en humilde acento suplicaba,
y Febo le otorgó lo que pedía.

Los Aqueos tambien ardientes votos
dirigieron al Dios; y rociadas
con la sal y la harina las cabezas
de los robustos bueyes, sus cervices
hácia atrás inclinaron y el agudo
hierro las dividió. La piel quitada
y cortadas las piernas, con la pella,
puestas una sobre otra, las cubrieron,
y crudos trozos de las otras partes
esparcidos en ellas, el anciano
las quemó sobre rajas, dulce vino
encima derramando. Unos mancebos
que en torno le cercaban y tenían
luengos de cinco puntas asadores,
en ellos las entrañas de las reses
enclavaron y al fuego las pusieron.

Cuando la voraz llama consumido
hubo las piernas y gustado habian
ya las entrañas, en menudos trozos
dividieron el resto; y en punzantes
hierros clavados, con destreza suma

los asaron, y luego de la lumbre
lo retiraron todo. La faena
acabada, y dispuesto ya el banquete,
las sillas ocuparon; y servido
el sabroso manjar, en alegría
todos comieron de él. Y satisfecha
el hambre ya y la sed, las grandes urnas
del vino los mancebos coronaron;
y la libacion hecha, en hondas tazas
á todos le servian. Fenecido
el alegre convite, los Aqueos
al irritado Dios todo aquel día
con religiosos himnos aplacaron:
y el hermoso Pean cantando ledos,
del Flechador las glorias celebraban;
y holgóse el Dios al escuchar sus voces.

Luego que, oculto el sol, cubrió la tierra
la oscuridad, al sueño se entregaron
cerca de las amarras de la nave:
y cuando ya la aurora matutina
sembró de rosas la region etérea,
hácia el campo otra vez de los Aquivos
á bogar los remeros empezaron.
Y enviándoles viento favorable
despues Apolo, diligentes ellos
levantaron el mástil, y la blanca
vela tendieron que con blando soplo
henchía el viento, y las oscuras ondas
en torno resonaban de la quilla
al paso de la nave que por medio
de las olas corria presurosa.
Así que al campo ya de los Aquivos
venido hubieron, de la mar sacaron
el bajel á la orilla; y en la arena
sobre largos espeques sostenido
habiéndole dejado, los remeros
se entraron por las tiendas y las naves.

Desde entónces el hijo valeroso
de Peleo, á las suyas retirado,
comenzó su venganza, y ni á las juntas
do adquieren claro nombre los guerreros
asistía jamás, ni á los combates;
pero de estar ocioso consumía
su corazon el tédio, y se acordaba
del bélico clamor y la pelea.

Cuando ya de la aurora fué venida
la duodécima luz, los inmortales
volvieron del Olimpo á las moradas
unidos todos, y á su frente Jove.
Tétis, que no olvidaba los pesares

del hijo amado, al clarear el día
salió del hondo mar. Y al ancho cielo
y al Olimpo llegada, encontró á Jove,
la deidad poderosa cuya vista
al último confin del orbe alcanza,
léjos sentado de los otros Dioses
en la más alta cumbre de la sierra
que forman del Olimpo los collados.
Acercóse la Diosa, y asentada
al lado del Saturnio, y sus rodillas
asiendo humilde con la izquierda mano
y elevada hácia el rostro la derecha,
al padre de los hombres y los Dioses
así en doliente acento suplicaba:
«Oh padre Jove! si en aciago día
te libró mi valor, ó mi consejo,
de que te aprisionaran las deidades,
otórgame este don: *del hijo mio,*
que morir debe en juveniles años,
vuelve por el honor. De hacerle acaba
el poderoso Agamenon de Atreo
pública ofensa, y la gallarda jóven
que le dieran los Griegos le ha quitado
de propia autoridad. Mas tú le venga,
próvido Jove, del Olimpo dueño;
y vencedores haz á los Troyanos,
hasta que el hijo mio desagravien
los Griegos todos y de honor le colmen.»

Así dijo la Diosa, y el Saturnio,
á cuya voz potente se amontonan
ó disipan las nubes, pensativo
nada le respondía. Al verlo Tétis,
sin retirar la mano con que asiera
la rodilla del Dios, á suplicarle
volvió otra vez y dijo: «Ó me concede
lo que humilde te ruego, ó me lo niega,
pues temor no hay en tí; para que un día
llegue yo á conocer cuán despreciada
soy entre las deidades.» Y afligido
Jove, la respondió: «Pesares hondos
me prepara este día; pues con Juno
harás que yo me irrite, si orgullosa
en ásperas razones me zahiere:
que á la faz de los Dioses inmortales
siempre querellas me suscita, y dice
que parcial favorezco á los Troyanos
en las batallas. Te retira pronto,
para que hablar conmigo no te vea:
conocido te es ya lo que me pides.
Y para que no dudes, la temida

»señal de aprobacion con la cabeza
»haré tambien, porque la más segura
»prenda es que doy á los eternos Dioses;
»y lo que yo con mi cabeza otorgo,
»no es revocable, ni falaz, ni falta.»

Dijo, y las cejas inclinó cerúleas,
el hijo de Saturno, y los cabellos
divinos del Excelso se erizaron
en la inmortal cabeza, y el Olimpo
inmenso estremeció. Ya consolada
Tétis, desde el Olimpo luminoso
al mar saltó profundo; á su palacio
Jove se encaminó. Cuando los Dioses
vieron que se acercaba, de las sillas
se levantaron todos y á su padre
salieron al camino; que ninguno
osó esperar á que llegado hubiese,
y unidos todos á encontrarle fueron.
Él ocupó su trono; pero Juno,
que no ignoraba, por haberla visto,
que con él en secreto departiera
la de argentados piés, Tétis, nacida
del anciano del mar, á zaherirle
así empezó con injuriosas voces:

«¿Cuál de los inmortales, oh doloso,
habló contigo ahora? Grato siempre
te fué léjos de mí y en clandestinas
juntas deliberar, y cariñoso
nunca me dices lo que hacer deseas.»

El padre de los hombres y los Dioses
la respondió enojado: «No tú esperes
saber cuanto yo trato; muy difícil,
aunque seas mi esposa, te sería.
Lo que tú debas entender, ninguno,
ó sea Dios, ó de mujer nacido,
primero lo sabrá; lo que yo quiera
tratar sin la asistencia de los Dioses,
nunca tú lo preguntes ni averigües.»

La augusta Reina del Olimpo, Juno,
á Jove replicó: «¿Qué pronunciaste,
hijo terrible de Saturno? Pocas
preguntas hasta ahora yo te hiciera,
y poco tus designios he indagado;
que nadie te importuna, cuando á solas
agitas en tu mente silencioso
lo que piensas hacer. Mas este día
temo en el corazón que acaso Tétis
seducido te habrá; porque á tu lado
asentarse la ví muy de mañana
y abrazar tus rodillas, y recelo

»que con firme señal la has prometido
»que por vengar á Aquiles muchos Dánaos
»has de hacer que perezcan en las naves.»

Júpiter respondió: «Maligna Diosa!
de todo tú sospechas, y yo nunca
de tí ocultarme puedo. Con tu enojo
nada conseguirás, sino alejarte
más de mi corazón. Si es como dices,
señal es que me place. Así, en silencio
permanece, y mis órdenes respeta.
Guarte no sea que los Dioses todos,
cuantos son del Olimpo habitantes,
defenderte no puedan de mis iras,
si yo á tí me acercare y las terribles
invictas manos sobre tí pusiere.»

Así dijo: temió la hermosa Juno,
y volviendo á ocupar el áureo trono,
quedó en silencio, su altivez domando.

Los Dioses celestiales se afligieron
de Jove en el alcázar; y el ilustre
artífice Vulcano, que á su madre
queria consolar, así el primero
entre ellos arengó: «Muy poco gratas
las eternas mansiones é insufribles
á ser vendrán, si así de los mortales
por causa ambos reñís y entre los Dioses
tumultos excitais; ni en el sabroso
convite habrá placer, si la discordia
en el Olimpo reina. Yo á mi madre,
aunque no de consejos necesita,
ahora rogaré que con palabras
dulces y cariñosas el enojo
calmar procure del Saturnio Jove,
para que más á contender no vuelva,
ni del festin la paz turbe enojado.
Si el dueño del Olimpo, el que despide
el relámpago ardiente, de estas sillas
arrojarnos quisiera... En poderío
á todos nos excede. Sí: con blandas
amorosas razones, de tu esposo
inclina el corazón; que ya benigno
se nos mostrará Jove.» Estas palabras
dichas, dejó el asiento, y á su madre
la copa de oro presentó, y la dijo:

«Por más triste que estés, oh madre mia,

»devora tu dolor, y maltratada
»no te vean mis ojos; pues entonces,
»aunque me eres tan cara y mucha pena
»tendré yo, libertarte no podría:
»que es peligroso resistir á Jove.
»Ya otra vez que yo quise defenderte,
»de los umbrales me arrojó divinos
»asiéndome del pié; y un día entero
»llevado por los aires, en la costa
»caí de Lemnos cuando el sol bajaba
»ya al Oceano en su veloz carrera
»y un instante de vida yo tenia;
»pero los Síntios, que caer me vieron,
»de la tierra me alzaron presurosos.»

Sonrióse la bella Diosa Juno,
y sonriendo recibió en su mano
la copa que Vulcano la ofrecía;
y él, alegre, sacando de las urnas
el dulce néctar, á los Dioses todos
le presentó, empezando por la diestra,
é interminable risa entre los Dioses
bienhadados se alzó, luego que vieron
cómo Vulcano en el celeste alcázar
diligente servia y afanoso.

De este modo los Dioses aquel día,
hasta que ya la noche se acercaba,
el festin delicioso prolongaron,
y servidos al fin en abundancia
los sabrosos manjares, satisfecho
su corazón quedó. Ni de la hermosa
cítara carecieron, que tañía
Apolo; ni del canto que entonaban
con dulce voz las musas, alternando.

Y cuando ya del sol la luz fulgente
se ocultó, á sus alcázares los Dioses
fueron á descansar, donde Vulcano
silenciosas estancias les hiciera
con primor extremado. El padre Jove
pasó tambien al tálamo oloroso
y blando lecho en que yacer solia
cuando del dulce sueño poseído
entregarse al descanso deseaba,
y en él se reclinó. La hermosa Juno
dejando el áureo trono la postrera,
subió tambien al lado del esposo.